

II.

MARIO MONTELEONE.

BATTISTA se descubrió respetuosamente la cabeza, é hizo la señal de la cruz.

—El sétimo era un santo! dijo.

Luego replicó con un aire sombrío:

—Cuando hubieron asesinado á Mario Monteleone, tres veces conde, dos veces baron y maestro de los Caballeros Herreros, los seis nobles fueron proscritos.... repito lo que me han dicho, excelencia! Vinieron una noche; era el 15 de Octubre de 1816; se hicieron abrir las puertas del convento de Corpo-Santo, allá abajo, arriba del Martorello, y declararon la *Vendetta* contra el asesino de Mario Monteleone.

—El nombre de ese asesino? preguntó Athol.

Como el postillon titubease, y se pusiese mas y mas pálido, Athol añadió:

—No te atreverias á pronunciarlo?

—Hace hoy cuatro semanas, respondió Battista, bajando la voz, que el marqués de Francavilla ha muerto.....

—Cómo?.....

—De una puñalada calabresa, á través del corazon!

—Y ¿ese marqués de Francavilla era gobernador del Pizzo en tiempo de las ejecuciones?

—Si señor..... y en el momento de su muerte, intendente de la Calabria ulterior segunda.

En los Estados del rey de Nápoles, el intendente viene á ser el jefe de la administracion de la provincia. Sus funciones son análogas á las de nuestros gobernadores departamentales.

—Francavilla era culpable, dijo el caballero de Athol, como hablan-

do para consigo mismo; pero no es él quien ha dado muerte al Santo Monteleone.... *Los seis* no han ido mas alto?

—Mas alto? repitió el postillon; no.... Giacomo Doria ha muerto en su lecho.... sus dos hijos gozan de su herencia.....

—Se sospechaba, pues, del conde Giacomo? preguntó vivamente Athol.

—Repito lo que dicen; pronunció Battista por la segunda vez. Los Doria son los que tienen los bienes de Monteleone.... Y el conde Giacomo se hallaba en el pais cuando la desgracia aconteció.....

El jóven viajero meditaba.

—Y mas abajo? dijo de pronto.

—Mas abajo? repitió tambien Battista.

—La venganza de los Seis no ha ido mas abajo?

—Ah! mirad, señor, no puedo hablar sino segun los *dicen*..... Se cuenta del coronel.....

—Trentacapelli?.....

—Eso es!.... El coronel Trentacapelli fue hallado, hace ya mucho de esto, en el camino de Cosenza, con el rostro dentro de un charco.... La hoja de un puñal calabres le salia por detrás de la espalda.

—Era el puñal de un Compañero?

—Era el puñal del Silencio!.....

En el interior del coche, el hombre de la montera de seda negra, habia cerrado los ojos.

Aparentaba dormir.

—Es muy cierto, hermanita, decia Julian, que tenia las manos de Celeste dentro de las suyas; estoy destinado á un ministerio de resignacion y de caridad; no deberia tener mas que pensamientos pacíficos.... pero, qué quieres? me siento á pesar mio arrastrado y entusiasmado al oír la relacion de las batallas..... y me seducen hasta esas otras luchas que se sostienen en el mundo, con un salon por campo cerrado y le pasion por arma.... Tengo miedo á veces.....

—Nada te obliga á recibir las Ordenes, Julian, hermano mio querido! replicó la joven.

—Nada?... y mi vocacion?.....

—Pero si echas de menos el mundo.... comenzó Celeste.

El jóven la interrumpió con un movimiento de cólera.

—Ah! tú eres muy dichosa, le dijo; tú no echas de menos nada!

Celeste ahogó un suspiro.

No obstante, replicó, mientras que sus ojos ocultaban su brillante rayo detrás de sus párpados medio cerrados:

—No conozco nada, hermano mio.

—Ni yo tampoco! dijo Julian sencillamente.

—Entonces, qué puedes echar de menos?

El seminarista tomó un aire de importancia.

—Sé yo explicar lo que pasa en mí? exclamó; y podrias tú comprenderlo?... Sufro, esta es la verdad! yo sufro!....

Celeste levantó las manos de su hermano y las apoyó contra sus labios.

El carruaje llegaba en este momento á la cumbre del cabo Vaticano, y todo aquel gran paisaje, tranquilo y sombrío, de la bahía de Santa-Eufemia, se desarrollaba ante los ojos de nuestros viajeros.

Ahora que Julian no hablaba ya, Celeste tenia una especie de remordimiento de haberlo interrumpido.

Entre gentes que se aman, la superioridad es casi siempre una esclavitud.

En vano se quiere ignorar esta superioridad: ella resalta con el amor.

Celeste estrechó la mano de Julian entre las suyas.

—Vamos, hermano, le dijo, he aquí, ese famoso golfo del cual me hablabas desde el principio del camino..... Cuéntame dos ó tres capítulos de las *Victorias y Conquistas*.

—Este es un capítulo de las *Derrotas y Reveses*, hermana mia, contestó Julian. La historia está aquí en mi memoria, mucho mejor grabada que si la hubiera leído en algun libro..... Un testigo ocular es quien me la ha referido.... El buen Manuel....

—Nuestro querido Manuel estaba ahí? exclamó la niña. Oh! yo te lo ruego Julian! refiérme esas cosas!.... será como si hablásemos de nuestro excelente padre!

En este momento los ojos del señor David se abrieron de una manera imperceptible. Deslizó una mirada rápida y penetrante sobre los niños que le hacian frente, y luego dejó caer de nuevo sus párpados.

A escepcion de este movimiento del párpado, y del rayo sutil que brotó por un instante de su pupila, su fisonomía no cambió en nada.

—Piensas tú que en realidad Manuel sea nuestro pariente, Celeste? preguntó de pronto Julian.

—Sentiria muchísimo que no lo fuera! contestó vivamente la jóven.

Y esperó con una especie de ansiedad, pensando que su hermano iba á añadir algo sobre el asunto; pero Julian cambió de conversacion.

—Sí! sí! dijo. Manuel me ha referido varias veces eso.... Hay en ello un conde de Monteleone, que se parece á los héroes de la Grecia y de la antigua Roma..... No es por el rey Murat por lo que yo tengo tan presente en la memoria la historia de Manuel..... sino por Mario Monteleone.

—Ya te oigo! dijo Celeste, que tomó un aire lleno de atencion, y cruzó sobre las rodillas sus blancas manos.

Julian, sin embargo, parecia meditar, y no hablaba.

—Por fin? dijo la niña con un acento de infantil reconvencion.

—Pensaba, dijo Julian, lanzando una mirada hácia David, para convencerse de si dormia aún; pensaba en nuestro presente y en nuestro porvenir, Celeste..... Nuestro pasado es corto, y nada nos ha revelado, sino que debemos la luz á una familia francesa, desterrada y proscrita..... Las revoluciones son por todas partes lo mismo..... desparraman aquí y allá, sobre una tierra extranjera, á pobres huérfanos condenados.... Pensaba en los desgraciados hijos de ese Monteleone.

—Tenia hijos? le interrumpió Celeste.

—Tres, que le fueron arrebatados los tres por una fatalidad inexplicable..... y que jamas volvió á ver..... tres hijos por los cuales llevó luto sucesivamente, y que hizo buscar mucho tiempo, muchísimo, en Francia, en Alemania..... en todas partes..... y en todas partes en vano!..... Tres niños que eran, los dos últimos sobre todo, el corazon, el alma, la vida de su pobre madre..... de tal modo que despues de su pérdida, Mario de Monteleone quedó solo con una muerta en su casa desierta.... Su mujer habia perdido la razon!

Celeste escuchaba. Tenia los ojos llenos de lágrimas.

—Nuestra madre, murmuró ella, murió en Sicilia.... Manuel me lo ha dicho!

Julian se pasó la mano sobre la frente, y su rostro, mas y mas pálido, tomó una expresion de desaliento.

—No sé, de veras; no sé, Celeste, de dónde me viene esta tristeza profunda, que en ciertas horas, me disgusta de la vida!..... Me parece que una gran desgracia está encima de nosotros y en torno nuestro.... una desgracia que ha comenzado con nosotros..... y que no concluirá sino con nosotros!... He hecho muchísimos esfuerzos por

adivinar lo que es.... y no he podido!.... Pero hay en mis recuerdos un hecho preciso é imborrable..... Es el día en que por la primera vez vimos á nuestro buen Manuel..... Estábamos en esa granja del valle de Mazzaro en donde nos educaban por caridad.... Le veo aún correr hácia nosotros cen los brazos abiertos..... y nosotros tímidos, recelosos, huir á la vista de ese extranjero.

—Nos dijo que éramos sus hijos ese día! murmuró Celeste.

—Nos dijo que íbamos á ser ricos y felices.... le seguimos á esa alegre casa no lejos de Catania.... Diariamente escribía cartas.... y me acuerdo que una vez me dijo: "Si no fuera yo tu padre, Julian, me amarias lo mismo que ahora?"

—Te dijo eso? preguntó Celeste, curiosa.

—Sí..... y me habló de mi madre..... que venia de lejos para buscarme.... de Francia, sin duda..... De pronto hizo un viaje.... Cuando volvió, estaba muy cambiado!

—Me acuerdo de eso! exclamó Celeste. Estuvo enfermo....

—Y en su lecho, cuando nos acercábamos, nos miraba con unos ojos llenos de lágrimas!.....

Celeste repitió:

—Me acuerdo de eso!

—Yo era ya grande, replicó Julian; era á fines de Otoño, hace ya seis años..... Tan luego como pudo levantarse, nos llevó á Girgenti á comprar vestidos de luto....

—Nos dijo que su hermano habia muerto, interrumpió Celeste. Yo me puse un vestido negro....

—De veras fué su hermano quien murió?..... murmuró Julian.

La jóven respondió:

—Y por qué nos habia de haber engañado?

Sus manos se habian reunido. Ambos hermanos se miraban.

Julian fué el primero que apartó los ojos.

—Celeste, dijo; creo que moriré jóven.....

Luego añadió:

—Ruego á Dios que te llame antes que á mí, Celeste, para que no quedés sola acá en el mundo!

—Qué bueno eres! murmuró la jóven, cuyos ojos se empaparon en lágrimas; todo tu corazón se revela en esas palabras!

—Manuel está triste, prosiguió Julian, no intentando siquiera luchar contra la corriente de su melancolía; Manuel se ha separado de nosotros con la muerte en el corazón..... No sé por qué, al recibir su última carta, en la cual nos enviaba diez ducados, dándonos cita para este país desconocido, la idea de su pobreza se me ha ocurrido por

la primera vez..... Jamas hemos carecido de nada, hermana mia; pero de dónde toma Manuel el dinero que nos dá?

Celeste levantó hácia él sus grandes ojos.

—Me he hecho á mí misma esta pregunta, muy frecuentemente; pronunció en voz baja.

—Antes que yo!..... dijo Julian con sorpresa. No me dices pues, todo lo que piensas, Celeste?

—Todo lo que puede hacerte dichoso, Julian, replicó la jóven, sí te lo digo.

En este momento, sea con intencion, sea involuntariamente, el señor David se arrellanó en su asiento, y medio abrió sus párpados.

—Oyeme, hermanita, dijo Julian abandonando inmediatamente aquel asunto de conversacion; necesitamos tomar las cosas desde mas alto... Mario, de los príncipes de Benevento, conde de Monteleone, de Palazzi y de Viserto, baron de Civita-Galla y de Vittola, era primo del rey Fernando, y el mas gran señor de las Calabrias. Huérfano de padre y madre, habia sido educado en la corte, con el heredero de los Doria, y Francisco, príncipe real de Nápoles, hijo único de Fernando.

El rey amaba á los tres adolescentes con una ternura casi igual, y si alguna vez concedia á uno de ellos una parte mas grande de caricias, era á Mario Monteleone.

El rey solia decir:

—Mi hijo Francisco de Borbon y Giacomo Doria son nobles; este muchacho Monteleone es un príncipe.

Era preciso que el afecto del rey fuera muy grande, porque no cesó de amar á Mario Monteleone, cuando éste, arrastrado por esas ideas de libertad que entusiasmaron á todos los corazones generosos á fines del último siglo, tomó partido en favor de los reformadores.

Giacomo Doria le siguió: El mismo príncipe Francisco, seducido por la elocuencia de Monteleone, cooperó, segun dicen, al movimiento, y ambicionó el título de libertador de la Italia!

Pero Mario Monteleone no queria el auxilio de los extranjeros; y cuando el general francés Championnet vino á poner sitio á Nápoles, en 1799, se mezcló, con los brazos desnudos, y la banda roja ceñida en torno del cuerpo, á esos batallones de pescadores y de lazzaroni que defendieron la ciudad con tanto heroismo.

El rey Fernando estrechó aquella mano ennegrecida aún por la pólvora. Tuvo mucho tiempo abrazado á Mario, llamándole su hijo.

Luego, le preguntó:

—Sobrino, qué quieres?

—Señor, respondió Monteleone, quiero la libertad de la Italia!

El rey Fernando I, el mismo que nos gobierna hoy, y cuyo reinado dura ya cincuenta y cuatro años, prometió reformas.

Mario Monteleone esperó. Luego, cansado de esperar, dijo un día adios á Fernando de Borbon, abandonó la corte para siempre, y se retiró á sus dominios.

Esto era á principios de este siglo.

Mario Monteleone vivia al principio en la mas grande soledad. No tenia mas que un amigo: Giacomo Doria, su antiguo compañero de armas y de placeres.

Cuando Giacomo Doria volvia á Nápoles, Monteleone se quedaba solo con una parienta jóven, educada por caridad en su familia, y que le servia de hermana.

El nombre de esta jóven era Bárbara de Monteleone.

Mario la queria por su carácter ingenioso y sumiso, por su educacion esmerada y su piedad. Tal vez Bárbara amaba á Mario de otro modo.

Me parece estar viendo á esta muger, cuyo retrato no me ha hecho Manuel mas que una vez. Tenia bello el rostro; pero un accidente sobrevenido desde su mas tierna infancia, habia causado la deformidad de su talle. Sus espaldas desiguales, su busto encogido y desviado de la línea recta, imprimian á toda su persona un sello de deformidad. Para disimularlo, usaba vestidos amplios y de color severo, semejantes á los de las monjas.

Tenia algunos años de menos que su pariente y protector.

Cuando Monteleone se casó, por el año de 1801, con la bella María de los Amalfi, Bárbara hizo á la jóven esposa un recibimiento lleno de gracia y de afecto.

Pero se la vió palidecer y enflaquecerse. Fué acometida por una enfermedad de consuncion, y creyeron que iba á perder la vida.

El secretario del conde de Monteleone, un alemán, hizo venir de su pais á un médico muy sábio. Bárbara se salvó, pero su rostro conservó para siempre una máscara de lívida palidez.

María de los Amalfi, la esposa del conde, era de una gran familia, pero sin fortuna. El conde no tenia necesidad de ello. Qué hubiera añadido una dote á sus inmensos dominios?

María tenia la belleza de un ángel. Su corazon era aún mas angélico que su belleza.

Le trajo en dote al conde su encantadora juventud, su celeste alma llena de amor, su espíritu cultivado, su noble corazon que sabia compadecer todas las desgracias.

Poco tiempo despues de la curacion de Bárbara, Dios quiso llevar á su colmo la alegría de Monteleone. María le dió un hijo.

Cuántas esperanzas en torno de aquella querida cuna! y cuánto amor!

Bárbara, mas loca de contento que la misma madre, no podia cansarse de hacer caricias al niño. Disputaba el recién nacido á la nodriza; y queria tenerlo siempre en sus brazos.

Era un espectáculo tranquilo y dulce el que ofrecia la gran sala del castillo en las largas noches de invierno. El noble rostro de Monteleone parecia reflejar todas aquellas sonrisas amigas, que florecian en torno de la cuna en donde se concentraban sus esperanzas.

Pero de pronto, un velo de tristeza y de duelo cubrió esas alegrías de la familia, y esas dulces esperanzas!

Una mañana, la nodriza llorando á gritos, trajo la cuna vacía.

Bárbara se arrancó los cabellos. Su dolor fué en cierto modo mas vehemente que el dolor del padre y de la madre.

Despues del primer momento de estupor, se preguntaron qué mano podia haber descargado aquel cobarde y terrible golpe.

Qué podia responderse?

La nodriza tenia á su madre en el pais. Era una anciana que se llamaba Berta.

Berta pudo decir tan solo que una tropa de zingaros habia acampado en el valle.

Esta Berta pertenecia á Bárbara, y como ella, adoraba al niño y á la madre.

Multitud de correos partieron por todos lados. Bárbara espiaba su vuelta desde la ventana mas elevada del castillo. Tan luego como los percibia á lo lejos, corria á su encuentro.

Pero por ninguna parte habian visto, ni gitanos, ni niños.

La postrera esperanza murió. Una tristeza sombría envolvió el castillo, antes tan alegre.

Esto duró un año.

Empero, Mario Monteleone tenia en su corazon recursos contra esa muerte anticipada, que es el desaliento.

Miró en torno suyo, y vió que habia muchas miserias que socorrer, muchas heridas que cicatrizar, mucho bien que hacer.

Este dia despertó.

Aquel dominio de Monteleone era un gran pais, arruinado al propio tiempo por los temblores de tierra, por las epidemias que suceden luego á los cataclismos, y por la inveterada pereza de los habitantes.

Monteleone se dijo á sí mismo:

—Hé aquí mi tarea.... Dios verá mis esfuerzos, y tendrá piedad de mí!

Se dijo tambien.

—Yo haré hombres de estos miserables. Se verá en las Calabrias, por la primera vez despues de cien años, un pueblo de trabajadores.

El gran conde Giacomo Doria, su antiguo compañero de armas y de placeres, había participado en otro tiempo de sus ideas de libertad. Monteleone quiso tenerlo por socio en la grande empresa que acometía, y le dió parte de sus designios.

Los dominios de Doria confinaban con los suyos, y se encontraban en un estado semejante.

Pero Doria no se acordaba ya de las aspiraciones de su juventud, y cuando Mario le hubo confiado sus proyectos, no hizo mas que reirse.

Respondióle:

—Los Doria no se han servido nunca de otro instrumento que la espada.

—Primo mio, le dijo Mario; nosotros los Monteleone, pasamos por ser de tan buena cuna como vosotros.... Si no quereis ayudarme, yo obraré solo.

Y se puso al trabajo.

Durante su reinado, porque fué rey en aquella parte de la Calabria ulterior, se vió el olivo crecer y florecer, la viña trepar por los árboles que la protegían, el maiz dorado ondear, mecido por la brisa, sobre las pendientes antes estériles de aquellas colinas; el arroz sembrado tendió sobre los pantanos un opulento manto de verdura.

Mas no era esto aún bastante. La nodriza del mundo tiene dos pechos: la agricultura y la industria.

Mario Monteleone quiso la industria despues de la agricultura.

Y como el orgullo estúpido de los calabreses entorpecía su designio, un día empuñó el martillo, y forjó fierro sobre el yunque.

Esto causó mucho ruido. En todo el reino de Nápoles no se hablaba mas que de Mario Monteleone, *il Benefattore*, como le apellidaban.

Los jóvenes cortesanos se reían á mas no poder, pensando en su martillo y su fragua; pero el pueblo le bendecía.

El rey Fernando oyó hablar de sus fraguas, de las cuales la principal estaba en el Martorello, á pocas millas de aquí. El rey dijo riéndose:

—Una vez en mi vida quiero ver trabajar á mis calabreses.

Pero lo que le atraía en realidad, era su antiguo pupilo á quien llamaba ingrato y á quien acusaba de haberlo abandonado.

Partió de Nápoles, con la intencion de traerlo á la corte á todo precio.

Esto pasaba en 1805.

Mario, conde de Monteleone, recibió á Fernando de Borbon con el mandil de cuero y el martillo en la mano.

Cuando el rey *hubo visto trabajar* á sus calabreses, cambió de opinion, y dijo á Monteleone abrazándole:

—Quédate aquí..... tú me has resucitado un reino!

Le concedió la gran Cruz de la Orden de San Fernando, y autorizó solemnemente la Asociacion de los Caballeros Herreros, de los cuales Monteleone era el gran-maestre.

Seis hombres que Monteleone tenia de toda su confianza, amigos suyos, y parientes los mas, compusieron esta Asociacion de los Caballeros Herreros, (*cavalieri ferrai*):

La asociacion fué deshecha poco tiempo despues por el mismo rey Fernando:

Las fraguas de Martorello estaban fundadas: una ciudad había brotado de la tierra; una ciudad que está hoy ya muerta.

Durante algunos años Tropea fué un puerto de comercio. Los navíos ingleses traían carbon de piedra y llevaban fierro. La madera venia de la Sila, ese gran bosque que se halla en el Apennino, al Este de Cosenza, y en donde se podrian coger, sin agotarlos, cien mil troncos de eucina, de pino y de castaño, todos los años, hasta el fin del mundo.

La revolucion estaba hecha; una revolucion pacífica! El pais vivía! Cosa estraña! la raza se mejoraba visiblemente. La belleza, arrojada por la miseria, volyía á esa Gran Grecia, que durante tanto tiempo fué su patria....

En tiempo de los acontecimientos de 1808, Mario Monteleone y sus amigos resistieron lo mejor que pudieron á la influencia francesa. Mario hizo el viaje de Sicilia, á fin de ofrecerle á Fernando de Borbon, su señor y su amigo, el auxilio de su espada.

El rey le dijo:

—Te esperaba!

Mario le besó la mano, con los ojos llenos de lágrimas. Era un noble antes que todo!

Durante este viaje de Sicilia fué cuando el rayo estalló, por segunda vez, sobre la casa de Monteleone.

Dios había tenido piedad de su servidor. La dicha había vuelto á la familia.

El tiempo no había bastado nunca á cicatrizar la herida que sangraba en los corazones del conde y de la condesa. Ni un día dejaban de llorar á su primogénito.

Pero dos veces la union bendita de estas dos bellas almas había sido fecunda. María de los Amalfi, siempre jóven, y mas bella con el desarrollo que su hermosura adquiría cada dia, había dado al mundo otros dos niños; un hijo y una hija.....

—Vas á creer que estoy haciéndote una narracion de novela, mi que-

rida Celeste, se interrumpió aquí Julian; pero no te lo imagines siquiera; Manuel es quien me ha contado todo esto.

Manuel, que no es por cierto un poeta!

No añadido nada á sus palabras, tantas veces repetidas.

Ese buen Mario Monteleone tenia un corazon como conviene para saborear con pasion las santas alegrías de la familia.

Era tan dichoso aquel hombre, que quiso concentrar su dicha, reunir en un solo grupo todas sus alegrías, y levantar un templo á su felicidad.

En el centro de ese valle, cuya prosperidad era su obra, en el centro del Martorello se elevó un pabellon, todo de mármol. En la pieza del primer piso, cuyas paredes tenian una deliciosa frescura, por su posicion misma que estaba un poco mas abajo del nivel del suelo, se colocaron el lecho nupcial y las dos cunas.

El lecho estaba entre aquellos dos blanquísimos nidos, en donde dormian dos amores.

Allí era donde Monteleone se retiraba con María de los Amalfi, cada vez mas linda con su ternura de madre feliz; allí era donde él gustaba desde este mundo las delicias del paraiso.

Tendré necesidad de decirte que la primer desgracia habia hecho escesiva la prudencia del padre y de la madre? Tendré necesidad de explicarte de cuántas precauciones minuciosas rodeaban aquellas dos cunas?

Los niños crecian. Si Monteleone podia pasar por la providencia del pais, María de los Amalfi era el ángel. El amor de todo un pueblo era la mejor guardia de los niños.

Cuando Monteleone volvió de su viaje de Sicilia, nadie salió á su encuentro al camino. En vano buscaba él con la vista á María, su esposa, y á sus dos alegres querubines.

Nadie!

Cuando pasó la puerta de su casa, un silencio sombrío fué la acogida que obtuvo.

—Mi muger! gritó; mis hijos!.... en dónde están mi muger y mis hijos!....

No obtuvo ninguna respuesta.

Al fin, uno de los seis caballeros herreros, aquel aleman que habia sido su secretario, le dijo:

—Maestro, reunid todo vuestro valor! Dios os ha herido! Ya no tenéis hijos, y vuestra muger se está muriendo!

Monteleone entró al aposento de mármol. Fué á sentarse á la cabecera de su muger, que no le reconoció. En su delirio, ella le

hablaba á sus hijos, los veia, los besaba, y esas quiméricas caricias desgaraban el corazon del infeliz padre.

He aquí lo que habia pasado.

El valle del Martorello no está separado de las playas, mas que por una estrecha colina ó cresta, en la cumbre de la cual habitaba esa vieja llamada Berta, madre de la criada que cuidaba de los niños.

Algunos dias antes de la vuelta de Mario Monteleone, la criada fué á visitar á su anciana madre, y llevó consigo á los dos niños, en el cochecillo en que tenia costumbre de arrastrarlos.

En la noche volvió gritando y llorando. Unos hombres enmascarados habian entrado á la cabaña de Berta; se habian robado á los dos niños, y la criada habia visto desde lo alto de la colina, á los raptores, remar hácia una barca berberisca, anclada en las aguas de Stromboli.

Monteleone no pudo interrogar á la criada; se habia ahogado en las aguas del Brentola.

Bárbara, herida, casi tan violentamente como la madre misma, no podia mas que gemir y llorar.

Monteleone hizo tapiar la entrada del pabellon de mármol. Aquello fué como la tumba de su dicha.

María de los Amalfi no pudo entregarle su alma á Dios.

Sanó; pero Dios bondadoso tuvo piedad de ella, y no le devolvió la razon.

Su locura consistia en creerse muerta.

Una noche los seis se reunieron en casa de Mario Monteleone, y el aleman, dijo:

—Maestro, los que os aman, meditan por vos..... La casualidad no hiere precisamente dos veces en el mismo punto..... Ha sido necesario para descargar estos dos golpes semejantes, la mano de un traidor..... Quién hace el mal sino aquel que tiene interés en que el mal sea hecho?..... Ahora que no tenéis ya hijos, Giacomo Doria llega á ser vuestro legítimo heredero.....

—Cómo! exclamó aquí Celeste, interrumpiendo la narracion de su hermano; ¿seria posible?....

Julian prosiguió:

Hé aquí lo que respondió Monteleone á esa misma insinuacion:

“Giacomo Doria es mi primo. Hemos vivido mucho tiempo como hermanos..... Bárbara, mi parienta, me ha hablado ya, como vosotros lo haceis; y la he reprimido severamente..... Que Dios conserve á Giacomo los dos hermosos niños que tiene.... Prohibo á cualquiera que me ame y me obedezca, emprender nada contra la casa de mi primo Doria!”

—Era un santo! murmuró Celeste.

—Sí, dijo Julian; era un santo. . . . y Dios lo trató como tal, puesto que hizo de él un mártir!

Monteleone fué proscrito por el nuevo gobierno, y vió confiscar sus condados y sus baronías. Sin embargo, las fraguas del Martorello las dejó subsistir el rey Joaquin; pero las puso bajo la vigilancia de un intendente ó prefecto especial.

No hubo ni exacciones, ni violencias. *Los seis*, como llamaban á los Caballeros Herreros, en la ausencia del sétimo que era el maestro, continuaron sus trabajos y organizaron realmente una Sociedad secreta.

Esta Sociedad, que, segun dicen, subsiste aún, á pesar de las órdenes lanzadas contra ella, tomó proporciones considerables y contribuyó poderosamente á la revolucion de 1815.

Hubo una circunstancia estraña. Monteleone, desterrado en Sicilia, tuvo la misma suerte que Murat sobre el trono de Nápoles: intentaron dos veces asesinarlo.

Esto fué durante la permanencia que hicieron á su lado, Bárbara, su parienta, y uno de los *Seis*, su brazo derecho, el hombre de toda su confianza, el aleman de quien he hablado ya varias veces.—Bárbara y el aleman acusaron á los Doria.

Monteleone no los creyó. Habia encontrado á Giacomo Doria en Sicilia, á Giacomo, padre feliz de dos hijos, un niño y una niña.

El niño de Giacomo tenia ya la edad de un hombre.

Cuando la caida de Murat y la restauracion de Fernando pusieron un término á los destierros, Monteleone, Doria y su hijo Loredano atravesaron el Estrecho en la misma barca, y se sentaron lado á lado en el mismo carruaje.

A principios de Octubre de 1815, Mario Monteleone fué conducido en triunfo en medio de aquel pueblo de las Calabrias, que era su familia.

Trece dias despues, fué cuando Murat, proscrito á su vez, vino á intentar un desembarco en el reino de Nápoles.

Pero la fortuna no estaba ya de su lado. En un instante vió desvanecerse sus esperanzas. Se encontró en pocas horas, sin ejército y sin acompañamiento, abandonado y fugitivo en un pais que habia sido su reino.

A los últimos resplandores del crepúsculo, el rey, que estaba solo con Francéschetti y un francés fiel, quiso leer un cartel suspendido de una escarpia, pensando que subria con ello el nombre del lugar en que se hallaba.

El cartel era una convocatoria firmada por el marqués de Francavilla, gobernador del Pizzo, en la cual se prometia un premio de veinti-

cinco mil ducados, á cualquiera que entregara la cabeza del bandido Joaquin Murat, que se llamaba rey de Nápoles.

Esto le hizo sonreír, y dijo:

—Pues es muy poco en verdad!

Sin embargo, no habia otro recurso mas que reembarcarse. Los dos compañeros de Murat contemplaban el horizonte con desesperacion. Hasta donde la vista podia alcanzar, no se percibia ni siquiera rastro alguno de navío.

El patron, un maltés llamado Oliverio Bárbara, habia recibido el precio estipulado, pero temiendo las consecuencias de aquella temeraria empresa, se habia dado á la vela algunas horas antes.

El rey, el general y el francés estaban entonces sobre la playa, al pié de aquella roca que ves allí, hermanita, y sobre la cual se levanta una cabaña de guardacosta.

Detrás del montecillo se estiende un valle, por donde corre el Brentola. Nuestros fugitivos creian haber descendido mas al Norte.

Despues de haber vagado largo tiempo por la ribera, buscando siempre su embarcacion, que no debian hallar nunca, llegaron, muertos de hambre y de cansancio, á este mismo camino en que nos hallamos ahora.

Una gran casa se elevaba á mil pasos de la ribera, al borde del valle.

Esta casa estaba llena de ruido y de luz. Habia en ella un festin. Tocaron; les abrieron; les fué concedida hospitalidad.

En el comedor habia una docena de hombres sentados frente á una mesa, en torno del amo, sombrío y triste en medio de aquella fiesta.

Frente á frente del amo habia un lugar vacío.

Era la casa de Monteleone, en donde se celebraba su vuelta.

El lugar vacío pertenecia á María de los Amalfi, su mujer, loca.

Los convidados eran, primeramente los *Seis*, luego algunos nobles del partido de Borbon, entre los cuales se contaban Giacomo Doria y su hijo Loredano.

Monteleone habia mandado que los huéspedes nuevos fuesen introducidos.

Franceschetti se adelantó hasta la puerta. No tuvo necesidad mas que de una ojeada, para reconocer la pálida y noble cabeza del amo.

—Dios nos asista! dijo en voz baja, retrocediendo hasta donde estaba Murat. Nos encontramos en poder de Mario Monteleone!

Este preguntaba:

—Por qué no entran nuestros huéspedes?

Y ya murmuraban en torno de la mesa. El ruido de la fusilería que habia tenido lugar aquel dia, habia llegado hasta el Martorello.

Joaquin llamó á Mario Monteleone por su nombre.

—No vayais! gritaron todos los convidados.

El amo se habia levantado ya.

Todos hicieron lo mismo, y quisieron seguirle.

El les dijo:

—Quedaos!

Y acudió solo, al llamamiento del desconocido.

Habia muchos criados en la antesala.

El extranjero le dijo á Mario:

—No puedo nombrarme mas que á vos solo.

El amo hizo salir á todos los criados.

Murat y Monteleone no se habian visto nunca, antes de aquel dia.

Murat miró á Monteleone antes de hablar.

Monteleone preguntó:

—Qué quereis de mí?

—Un abrigo, respondió el rey; estoy agobiado de cansancio..... pan y vino, tengo hambre.

—Son cosas que no se niegan á nadie, señor, dijo el amo.

—Estoy proscrito, dijo Murat.

—Yo lo estaba ayer, repuso Monteleone:

—Os he hecho mucho mal.... tal vez injustamente.

—Que Dios os lo perdone, señor.... Yo no os haré mas que bien.

—Sin preguntarme mi nombre?

—Sin preguntaros vuestro nombre.

La sangre se le subió á las mejillas al extranjero, quien echó hácia atrás el embozo de la capa con que se cubria el rostro.

—Pues yo te lo diré, Mario Monteleone, dijo avanzando un paso: yo soy Joaquin Napoleon, rey de Nápoles.

Mario se inclinó profundamente, y desde aquel instante permaneció con la cabeza descubierta.

—Señor, le dijo, doy gracias á V. M. por haber honrado mi casa con su visita.

Tomó un candelabro, y salió el primero por una puerta lateral.

Murat le seguia en silencio.

Subieron al primer piso de la casa.

—Señor, dijo Mario, presentando una silla al rey, Dios quiera que la Italia no tenga nunca un amo mas duro que vos..... Lo que habeis hecho contra mí, no importa mas que á vuestra conciencia..... no os haré yo mal por ello!..... Soy, es cierto, el servidor fiel de Fernando de Borbon; pero sois mi huésped..... Bajo mi techo, lo juro solemnemente, comereis en paz y dormireis tranquilo!

Salió y volvió bien pronto, trayendo él mismo, manjares y vino.

—Por lo que soy yo, dije^a me fio de mis amigos y de mis servidores.... Pero tratándose de V. M., no me fio mas que de mí mismo.

El rey se sentó frente á la mesa, y comió ávidamente.

Monteleone le sirvió, con la cabeza descubierta.

Después de la comida, Monteleone guió al rey por la mano, hasta su propia recámara.

Allí le dijo:

—Señor, para llegar hasta V. M., sería necesario que mis enemigos pasaran por encima de mi cadáver.

Y se acostó, vestido, á través del quicio de la puerta del aposento en donde descansaba el rey.

Pero la traicion velaba!

III.

EL ASESINATO.—EL JURAMENTO.

A eso de las tres de la mañana, la puerta del palacio de Monteleone fué echada abajo.

Ciento cincuenta gendarmes y mas de cien hombres de infantería estaban allí.

Ni siquiera hicieron las intimaciones de costumbre.

Cinco oficiales llegaron hasta el aposento del rey, después de haber puesto guardias en todas las avenidas.

Desde el primer choque Monteleone cayó de rodillas, atravesado por tres heridas. Empero no por eso soltó su espada.

Franceschetti y el francés, despertados de pronto, descargaron sus